

LAS JORNADAS DE TEATRO DEL SIGLO DE ORO EN SU XXIII EDICIÓN

Paco Martínez

Y de nuevo se alzó el telón de las Jornadas de Almería: la magia prendió una vez más en la primavera, entre los vestuarios avolantados y los versos de los clásicos puestos otra vez en pie de espectáculo para el heterogéneo público que esperaba como cada año el lenguaje de las pasiones insertado en la sintaxis de los códigos teatrales.

El cartel anunciador de esta edición fue obra de la pintora madrileña María Carrera. Representa una menina sacada del espacio velazqueño y jugando con un diábolo, en el centro de una atmósfera onírica en la que los colores y las formas geométricas intentaban transmitir una de las constantes de las jornadas: la fusión de clasicismo y modernidad, el ayer y el hoy juntos de la mano.

Una de las novedades de este año ha sido la incorporación de dos nuevas sedes en las localidades de Vera y Tabernas. Unidas a las de Roquetas, Adra y Almería suman siete espacios (tres en Almería), con los que se ha querido alcanzar, por una parte, el objetivo de acomodar las disponibilidades escénicas a las necesidades de los montajes, dependiendo de los pequeños o grandes formatos de las compañías; y, por otra parte, llegar a un mayor número de espectadores de la provincia, que de otra forma no hubieran podido, posiblemente, acceder al espectáculo del teatro clásico.

Una nota que ha caracterizado a esta edición de las jornadas ha sido la creciente internacionalización: siguiendo la línea de convocatorias anteriores, este año nos han visitado compañías de Italia y de Ecuador; con lo que se da cuenta de otras visiones y conceptos del teatro clásico distintos a los de las compañías españolas. Es éste un esfuerzo a todos los niveles que se plasma en una oferta más diversificada y que corrobora la importancia a escala nacional e internacional de las jornadas.

La Compañía Nacional de Teatro Clásico (CNTC) inauguró las jornadas con su *Amar después de la muerte* o *El Tuzaní de la Alpujarra* de Calderón. Dirigida por Eduardo Vasco, siguiendo la versión de Yolanda Pallín, se representó en el Auditorio Maestro Padilla los días 11 y 12 de marzo. Es ésta una obra que alberga un doble interés: por una parte la historia que se nos cuenta remite a un pasado y a un espacio físico cercanos a nuestras propias circunstancias actuales y, otra, la plasticidad y el ritmo del montaje merecen una consideración especial.

La sublevación de los moriscos ha suscitado a lo largo de toda la historia de la literatura española muchas y muy variadas aportaciones dramáticas, líricas y narrativas. La inapelable crueldad de los ejércitos de Felipe II nos aparece en la obra a través de la trama argumental entretejida

con los hilos que tan sabiamente sabe trenzar Calderón: venganza por la esposa cobardemente asesinada por un miserable soldadito (Garcés); codicia ante la tierra y las posesiones de los moriscos; la necesidad de restablecer el honor de una familia noble morisca unido al de todo un pueblo. Es un montaje para la reflexión, uno de esos textos que hoy podemos entender no teniendo en cuenta solamente las circunstancias imperantes en la época de Calderón, sino las nuestras propias: la tierra que pisamos perteneció a otros, no deberíamos nunca olvidarlo. Y no hay tierra en este mundo de la que pueda decirse lo contrario.

La apuesta escénica de Vasco se basa en la iconografía. El ritmo parece deliberadamente lento para potenciar los tintes trágicos. Colabora a ello en gran medida una escenografía no realista que juega con los vacíos y con los volúmenes. El cuidado tratamiento de la luz resalta las frecuentes pausas en la acción, en las que los personajes, de frente al público, cuentan la historia casi tanto como la viven. Los soldados sobre el altozano desde el que divisan su victoria o las familias nobles moriscas preparando la sublevación ocupan su espacio en una estudiada geometría ante la que el espectador sobre todo ve el testimonio de la parte más negativa de una humanidad abocada a la violencia.

Una de las sorpresas más agradables de esta edición de las jornadas ha sido el montaje de la compañía Malayerba *La razón blindada*. Basada en los textos de su director, Arístides Vargas, nos encontramos ante el diálogo de dos únicos personajes que representan a dos presos cuyo único escape a la libertad es la recreación de las palabras y actitudes de Don Quijote y Sancho. El propio Vargas asegura que se basó en el testimonio de presos políticos de la dictadura argentina, quienes en la cárcel de Rawson organizaban encuentros culturales. Destaca en el montaje su austeridad: tan sólo organización del vacío y actuación, en palabras del propio Arístides Vargas. Hemos de destacar también el trabajo gestual de su compañero en escena, Gerson Guerra, con el que consigue una atmósfera a menudo asfixiante en la que ambos dan réplica continuada a la necesidad humana de la libertad.

Como contrapunto a las visiones más dolorosas de la realidad humana, el italiano Adriano Iurisevich nos trajo la ventolera de su *D'Amore rapito*, un montaje heredero de la más pura Commedia dell'Arte llevado a cabo por la compañía Venecia Inscena. La conjunción de gestualización canónica y la historia cercana —plagada de guiños chistosos— crean una atmósfera agradabilísima y divertida en la que tampoco pasa desapercibida la perfección del trabajo actoral bajo la batuta de Iurisevich y Stefano Rocco. No estamos solamente ante una muestra «arqueológica» de teatro renacentista, sino ante un texto flexible, sarcástico, de plena actualidad, enmarcado en los cánones de los consabidos Pantalone, Arlequino y demás personajes tipo: la especulación del suelo colindante a Venecia y el final en matrimonio de dos hombres que se aman —que no tienen más remedio que irse a España, claro— arrancaron las carcajadas del público que en todo momento siguió sin dificultad la historia a pesar de desarrollarse en italiano.

El príncipe constante, en la versión de la compañía italiana Lenz Rifrazioni, supone una de esas necesarias y atrevidas interpretaciones de un texto clásico desde una óptica estética que nada tiene que ver con la del autor primigenio. La entropía de un clásico se ve precisamente en estas adaptaciones y versiones que se alejan bastante de los códigos al uso en las puestas en escena calderonianas o barrocas en general. El lenguaje del cuerpo desnudo, el juego dramático que proporcionan los objetos —como el líquido que corre por el torso de los actores— la

escenografía metálica, antirrealista, y la implementación de otros elementos plásticos como la proyección de vídeo, consiguen un espectáculo de corte vanguardista en el que la luz, el vestuario o la distribución espacial de los personajes no sólo cuentan la historia sino que estimulan al espectador a que reconstruya una peripecia. La adaptación de Francesco Pitito y la dirección artística de Federica Maestri forman parte de una trilogía calderoniana que comenzó con *La vida es sueño* y continúa con *El mágico prodigioso*. Con este segundo elemento de su ambicioso proyecto consiguieron aplausos y denostaciones. Que no es poco.

Y José Antonio Raynaud, al frente de Teatro Balagán, con su versión de *La viuda valenciana* cerró las representaciones en los espacios de Almería. Con una escenificación austera compensada con una dimensión grotesca y exagerada de los galanes bailando al son de la dama, se consigue un espectáculo divertido, con un vestuario discutible por sus tintes estrafalarios. Es intención de Raynaud ofrecer un producto que valora ante todo el papel de la mujer, basado en el inmortal texto de Lope de Vega.

En el Auditorio de Roquetas de Mar cerró su gira el otro montaje de la Compañía Nacional, *La entretenida*, de Cervantes. Al margen del valor de éste, hay que ponderar el esfuerzo de la actual dirección de la compañía por ofrecer al público una paleta tan rica de matices en su labor, que sin duda redundará en beneficio del teatro clásico. Con la dirección de Helena Pimenta y la versión de Yolanda Pallín, se vuelve a apostar por una adaptación de los clásicos a la estética del siglo xx. Ambientada en la España de los años cincuenta, el mundo de las criadas y criados frente al de sus señores queda encuadrado también a la perfección.

Todo manda guiños al espectador en este montaje. Como el vestuario de los dos hermanos, señores de la casa, que son los únicos vestidos de época, en contraste con los demás, que ostentan una caracterización física fácil también de descodificar, como el traje de maletilla, o aspirante a torero de Cardenio y su rosario y escapulario para hacerse pasar por un galán respetable. Los diaporamas añaden atmósferas melancólica o festiva a la silueta del edificio de la Telefónica que preside la escena la mayor parte del tiempo. No podía faltar la figura del indiano enriquecido que viene a trastocar y solucionar todo. Ni tampoco podía faltar la aspiradora y el Seat Seiscientos como emblemas de una sociedad que se recrea en sus propios logros tanto como en sus propias contradicciones.

En la vecina localidad de Adra se representó *El huésped del sevillano*, a cargo de la Asociación Cultural Amigos de la Zarzuela de Torrejón de Ardoz. Entre su director, José Antonio Torres Acosta, y la coreógrafa, Luisa Carlota Benito Millet, se proponen la labor iniciada por José Tamayo. Un atrezzo de elaboración propia y una puesta en escena cuidada y correcta logran un espectáculo ameno que es del agrado, sobre todo, de las aficionadas y aficionados a este género lírico. También en Adra se representó *La verdad sospechosa* a cargo de la Compañía de la Escuela Superior de Arte Dramático de Murcia, con la dirección de Francisco García Vicente. El dinamismo de la acción y la elocución del verso hacen olvidar que nos encontramos ante un animoso —y diestro— grupo de alumnos y tres profesores. La complejidad del enredo se sigue con facilidad gracias al gesto y la medida localización espacial del personaje. Es una muestra más de que la profesionalidad a veces no está sólo en el número de años de oficio, sino en el número de aciertos de la dirección y el número de horas de trabajo de todo un equipo.

Vera ha sido una de las nuevas sedes de la jornadas este año y allí representó Morboria

Teatro su versión de *El enfermo imaginario*. La música en directo y la danza aportan una agilidad que no se pierde en ningún momento. La correcta distribución del espacio consigue un espectáculo eminentemente divertido. La opción de Eva del Palacio como directora se plasma en la potenciación de los elementos más cómicos, pero sin renunciar al marco de la época: el vestuario sigue los cánones de la moda francesa del siglo XVII, jugando sobre todo con el blanco y el negro, basándose los rasgos grotescos en las caricaturas del dibujante francés del siglo XIX Honoré Daumier. Un montaje para la diversión en suma, y que ayuda a entender a la vez la condición humana.

Por último, también hemos de reseñar la incorporación a las jornadas de la sede de Tabernas, en donde Teatro para un Instante representó dos entremeses de Cervantes: *La cueva de Salamanca* y *El viejo celoso*. La austeridad de la escenografía colabora a incrementar el sabor añejo del comediante que se enfrenta a un público para hacerle reír con su trabajo. La agilidad y el ritmo no decaen y el público asiste no solamente a una obra teatral divertida sino a un documento de cómo empezó el teatro moderno.

Al igual que en convocatorias anteriores se desarrollaron en uno de los fines de semana de las jornadas el habitual ciclo de conferencias en torno al Siglo de Oro. El público estuvo formado mayoritariamente por estudiantes, en gran medida becados por diversas universidades. Intervinieron como ponentes María Luisa Lobato, de la Universidad de Burgos; Javier Huerta Calvo, de la Universidad Complutense; María del Valle Ojeda, de la Universidad de Venecia; José María Díez Borque, de la Universidad Complutense; Felipe Pedraza, de la Universidad de Castilla-La Mancha; Diego Símini, de la Universidad de Lecce. Esta programación académica incluyó también distintos coloquios sobre algunos de los montajes vistos, que contaron con la participación de Francesco Pitito, Federica Maestri, José Antonio Raynaud y Adriano Iurisevich. Asimismo intervinieron para exponer los proyectos de los organismos que dirigen y pasar revista al panorama teatral en general Eduardo Vasco, de la CNTC, Francisco Ortuño, por el Centro Andaluz de Teatro, y Emilio Hernández, del Festival Internacional de Teatro Clásico de Almagro.

Al igual que en ocasiones anteriores, en colaboración con el Centro de Profesores de Almería, se desarrolló un curso específico para profesores de Lengua y Literatura Castellana de Educación Secundaria. A parte de la asistencia a las conferencias y coloquios, el curso contó con la presencia y testimonio de Jordi Dauder, actor de la CNTC, que expuso algunas claves de la profesión de actor (pocos lo pueden hacer tan bien como él), así como su visión de la actual situación del teatro en España.

Otra de las actividades paralelas a las jornadas de este año ha sido un curso intensivo de verso clásico, en colaboración con el Aula de Teatro de la Universidad de Almería, dirigido a integrantes de la misma. Estuvo impartido por el también actor de la CNTC Miguel Cubero y supuso una oportunidad única para los actores y actrices en formación de acceder a técnicas, recursos y aptitudes de alguien que, al igual que Dauder, trabaja al más alto nivel en el mundo del teatro en España.

Durante todos los días que duraron las jornadas estuvo expuesta en el Auditorio Maestro Padilla de Almería una muestra de maquinaria teatral: «El escenario de la ilusión (maquinaria teatral del s. XVII)», organizada por Antiqua Escena (Comunidad de Madrid y Red Itiner). Intervino en el acto inaugural el comisario de dicha muestra, Juan Sanz Ballester, que explicó al público

asistente el funcionamiento y utilidad de estos artilugios ingeniosos que nos retrotraen a un pasado, en algunos casos no muy lejano, y que nos dan idea de cómo a lo largo del tiempo los escenarios de la ilusión han ido fabricándose con los materiales y recursos técnicos al uso; pero, sobre todo, con la creatividad de los hombres y mujeres entregados a esta tarea.

Y esto fue lo que dio de sí la XXIII edición de las Jornadas de Almería, que un año más puso gesto y voz ante un público al que no se le puede defraudar, en una empresa en la que continúa trabajando.